

M^a LUISA BUSTOS GISBERT

Departamento de Geografía. Universidad de Salamanca

Crisis, recuperación y cambios en las áreas rurales regresivas

RESUMEN

Se realiza una revisión de los rasgos fundamentales de la decadencia de los espacios rurales españoles desde la década de los sesenta. Se analizan los cambios funcionales y económicos, experimentados por las áreas rurales más regresivas, que constituyen hoy la clave de su revitalización y modernización. Finalmente, se intenta demostrar que el retroceso del sector agrario tradicional, la nueva multifuncionalidad y la diversificación productiva no implican necesariamente la desaparición del mundo rural ni de sus señas de identidad, sino una modificación del concepto tradicional de «rural».

RÉSUMÉ

Crise, récupération et changes dans les aires ruraux régressives.- On réalise une révision des traits fondamentaux des espaces ruraux espagnols depuis la décade soixante. On analyse les changes fonctionnels et économiques, expérimentés pour les aires rurales régressives, ceux qui constituent aujourd'hui la clé de sa revitalisation et modernisation. Finalement, on tente démontrer que le recul du secteur agricole traditionnel, les nouvelles fonctionnalités et la diversité productive n'impliquent pas nécessairement la disparition du monde rural, ni de leurs signes d'identité, sinon une modification du concept traditionnel «rural».

ABSTRACT

Crisis, recovery and changes in the regressive rural areas.- In the first part of this paper is carried out to revision of the fundamental features of the decadence of the rural Spanish spaces from the decade of the sixty. On the second part is analysed the functional and economic changes, experienced by the most regressive rural areas that constitute today the key of their revitalization and modernization. Finally, in third part tries to demonstrate that the setback of the traditional agrarian uses, the new functions and the productive diversification don't necessarily imply the disappearance of the rural world neither of their signs of identity but a modification of the traditional concept of «rural».

Palabras clave / Mots clé / Key words

Crisis del mundo rural, multifuncionalidad, diversificación productiva, reconversión agraria, identidad rural.

Crise du monde rural, nouvelle fonctionnalité, diversité productive, reconversion agricole, identité rurale.

Crisis of the rural world, news functions, productive diversification, agrarian reconversion, rural identity.

DURANTE los últimos años las áreas rurales, en especial las más desfavorecidas y regresivas, han despertado gran interés entre los investigadores y las instituciones públicas. Por un lado, este renovado protagonismo se relaciona con la grave situación de decadencia y atonía padecida por la mayoría de sus núcleos, tras décadas de emigración y de pérdida de actividad económica. Era urgente encontrar estrategias de desarrollo alternativas, dada la crisis de los aprovechamientos agrarios tradicionales, con el objetivo de lograr su recu-

peración o, al menos, evitar su desaparición. Buena prueba de ello es la puesta en marcha de numerosas iniciativas y programas de desarrollo rural, tanto nacionales como comunitarios. Por otro, estas zonas rurales están sufriendo de forma reciente profundas transformaciones económicas y sociales, derivadas de la nueva percepción y valoración que de ellas hace la sociedad moderna. Ahora se le asignan nuevas funciones (residencial, ocio y medioambiental) que permiten la expansión de actividades antes marginales o inexistentes, las



FIG. 1. Transformaciones recientes en el mundo rural.

cuales van sustituyendo a las agropecuarias y forestales. Precisamente, esta mayor diversificación económica constituye una de las claves del futuro del mundo rural a pesar del riesgo de que pierdan su identidad. Este importante proceso de cambio ha impulsado la aparición de temas de investigación muy novedosos así como la elaboración de proyectos de actuación territorial de gran interés.

El presente artículo pretende mostrar cómo, después de muchos años de crisis y de profundo deterioro demográfico, ocasionados por el retroceso de la agricultura tradicional y por el éxodo rural de los años sesenta, los espacios rurales más regresivos¹ han encontrado un «nuevo argumento» en el que basar su supervivencia y lograr su reincorporación al sistema socioeconómico actual. A partir de la década de los noventa estas áreas muestran una cierta recuperación a consecuencia de la aparición de nuevas actividades no agrarias, vinculadas a las nuevas funciones que la sociedad moderna les

asigna. Este proceso de reestructuración está provocando cambios tan significativos en las formas de organización, en los modos de vida y en la propia sociedad rural que hacen necesario una redefinición del concepto de «rural». Para ello, en primer lugar revisaremos brevemente los rasgos fundamentales de la decadencia del mundo rural; a continuación analizaremos los cambios funcionales y económicos experimentados por los espacios rurales que constituyen la clave de su revitalización y modernización; y por último intentaremos demostrar que el retroceso de los aprovechamientos agrarios tradicionales, la nueva multifuncionalidad y la diversificación productiva de estos espacios no implican, necesariamente, la desaparición del mundo rural ni de las características que lo definen. En definitiva, nuestro objetivo es contribuir a entender mejor los cambios ocurridos en las áreas rurales de nuestro país y a identificar los rasgos que aún permanecen y que constituyen sus verdaderas señas de identidad.

I

CRISIS Y ABANDONO DE LOS ESPACIOS RURALES REGRESIVOS

En la actualidad, la supervivencia de los espacios rurales más regresivos está seriamente amenazada a consecuencia del largo proceso de decadencia sufrido desde hace muchas décadas, y reflejado en múltiples aspectos como, por ejemplo, el despoblamiento, el declive económico, el deterioro de los equipamientos y ciertos servicios básicos, así como las mayores diferencias de renta y desarrollo en comparación con las áreas urbanas.

Los diferentes estudios realizados sobre la evolución de estas áreas coinciden en señalar que su declive no es algo casual ni pasajero, sino un proceso irreversible, característico de las sociedades avanzadas. Así mismo, consideran que dentro de la gran variedad de agentes responsables de esta evolución negativa, quizá los más decisivos han sido el modelo de desarrollo económico seguido en nuestro país, la decadencia de las actividades agrarias tradicionales y el actual proceso de globalización. Junto a ellos, otro elemento determinante es su limitada capacidad de reacción frente a los cambios, por lo que sus posibilidades de adaptación a la nueva realidad socioeconómica son más difíciles. Todos estos factores considerados conjuntamente, demuestran que la crisis del mundo rural es una clara manifestación de su fragilidad económica, social y funcional (RAMOS y ROMERO, 1995).

¹ Utilizamos el término «regresivos» para designar a aquellas áreas rurales con una tendencia negativa, a pesar de la aparición de actividades nuevas, y diferenciarlas de otras áreas rurales más dinámicas por su proximidad a las grandes ciudades o por la existencia de una agricultura intensiva con un elevada productividad (MOLINERO, 1999).

Durante mucho tiempo, el espacio rural se ha identificado con las actividades agrarias, pues su organización económica y su propio funcionamiento se estructuraban en torno a ellas. El mundo rural había adquirido una alta especialización en el sector agrario y su principal función dentro del sistema económico global consistía, fundamentalmente, en la producción de materias primas, sobre todo alimenticias. El resto de las actividades productivas eran consideradas complementarias o dependientes de él, aunque necesarias para su funcionamiento. No cabe ninguna duda que el sector agrario desempeñaba un papel determinante en la articulación de estos territorios.

Ahora bien, las importantes transformaciones ocurridas en nuestro país desde mediados del siglo XX tuvieron múltiples consecuencias sobre estas áreas, aunque no todas reaccionaron de la misma manera, dependiendo de su capacidad de respuesta y de adaptación a los procesos de industrialización y de modernización del sector agrario. En los años setenta la crisis del sector agrario provocará la aparición de una estructura rural dual (ESPARCIA, 2000); las áreas que fueron capaces de integrarse, sin grandes dificultades, en el sistema de mercado, se convirtieron en áreas dinámicas con una agricultura altamente especializada y una elevada tasa de productividad, repercutiendo favorablemente en la mejora del nivel de vida y en la conformación de una estructura social más estable.

Por el contrario, las áreas rurales menos accesibles y más alejadas de los grandes centros urbano-industriales y con menos posibilidades de integración, mostraron una menor capacidad de adaptación a los cambios. En ellas los procesos dominantes fueron el éxodo rural y la pérdida de actividad económica, originada por la crisis del sistema agrario tradicional que, a su vez, afectó negativamente a otras actividades, convirtiéndose en espacios marginales dentro del sistema y con unas estructuras sociales muy deterioradas. Es, precisamente, en estas zonas donde el abandono y la decadencia se manifiestan con mayor intensidad, mostrando importantes debilidades que dificultan, en gran medida, sus posibilidades de recuperación. Dentro de ellas merecen una mención especial:

– Su situación periférica y marginal con respecto a los principales centros y ejes económicos nacionales. A ello se une su mala accesibilidad por la deficiente dotación de infraestructuras de transporte y telecomunicaciones. Si bien la red de carreteras ha mejorado sensiblemente en los últimos años, las segundas son

realmente precarias en relación, sobre todo, con las nuevas tecnologías (telefonía móvil, acceso a internet, etc).

– Su debilidad demográfica, reflejada en su bajo nivel de ocupación del territorio (menos de 5 ó 10 habitantes/km²), consecuencia de un proceso emigratorio que todavía continúa en muchas de ellas. Es verdad que en algunas zonas esta tendencia ha disminuido e incluso ha cambiado de signo, pero generalmente no alcanzan el umbral mínimo de población necesario para conservar ciertos servicios públicos, ni para llevar a cabo iniciativas de desarrollo rural. En segundo lugar, la estructura por edades muestra un alto índice de envejecimiento, acentuado por el retorno de antiguos emigrantes jubilados, y una escasez de población joven. Ambas características repercuten negativamente en la tasa de actividad, por la escasez de población en edad de trabajar; en el nivel de cualificación de la mano de obra, los mejor preparados continúan emigrando por la falta de empleos acordes con su preparación; y en sus posibilidades de desarrollo futuras por la falta de emprendedores con capacidad empresarial y dispuestos a invertir y arriesgar en la puesta en funcionamiento de nuevos negocios.

– Su debilidad económica asociada a la crisis de los aprovechamientos agrarios tradicionales y a la falta de oportunidades en otros sectores económicos. El considerable descenso del número de trabajadores agrarios y su incremento en otros sectores como la construcción y el turismo, reflejan claramente la pérdida de importancia de la agricultura como base de la economía rural. Sin embargo, los empleos y rentas generadas por las nuevas actividades son todavía muy limitados y buena parte de los ingresos obtenidos en el medio rural siguen procediendo del sector agrario. Habría, por lo tanto, que matizar la afirmación anterior pues las actividades agrarias, a pesar de su tendencia regresiva, siguen constituyendo uno de los pilares básicos de la economía rural, aunque está claro que ellas solas no pueden garantizar la viabilidad y desarrollo de las áreas rurales más pobres (TORTOSA PEIRO, 1999). Por otra parte, muchas de estas zonas carecen de recursos naturales, culturales y paisajísticos que permitan crear nuevas actividades sobre las que apoyar su futuro económico. Generalmente, uno de los recursos más escasos es el capital humano, un elemento esencial en cualquier actuación de desarrollo.

– Su bajo nivel de rentas y de bienestar en relación con la cantidad y calidad de las infraestructuras y servicios públicos. La debilidad económica y la escasa actividad productiva existente en estos medios implican

una baja renta per cápita, sobre todo, en comparación con los niveles alcanzados en las áreas urbanas. No obstante, la vuelta de antiguos emigrantes jubilados así como la generalización y aumento de las pensiones han contribuido a un cierto incremento de sus ingresos. Con respecto a las infraestructuras y servicios básicos debemos reconocer que muchos pueblos han experimentado mejoras importantes. La mayoría de ellos disponen ya de alumbrado, agua corriente, alcantarillado, recogida de basuras e incluso algunos cuentan con instalaciones deportivas (piscinas, polideportivos...) y centros de asistencia para mayores (residencias de ancianos), lo que ha permitido una mejora sustancial de la calidad de vida de sus habitantes. Pero, también es cierto que muchos servicios básicos, en especial, los educativos, sanitarios y comerciales, han sufrido un grave deterioro como consecuencia del despoblamiento y de su concentración en los núcleos de mayor tamaño y centralidad. Lógicamente, la ausencia de estos servicios repercute muy negativamente en el mantenimiento de la escasa población en sus lugares de origen y en las posibilidades de incentivar la creación de nuevas actividades productivas.

En definitiva, las áreas rurales, a pesar de la diversidad de situaciones existentes, muestran, en líneas generales, una tendencia económica y social regresiva y una evolución comparativamente más negativa que las áreas urbanas, lo que plantea la necesidad de poner en marcha medidas para frenar su declive. Debemos ayudarles a definir su nuevo papel en el sistema económico y, así, asegurar su futuro.

Los diversos estudios y programas de desarrollo rural aplicados ya en muchas de estas zonas parecen demostrar que el camino más adecuado para la reactivación del espacio rural es la creación de actividades alternativas o complementarias a las realizadas tradicionalmente en el medio rural, basadas en los recursos existentes y, de esta manera, evitar su dependencia de un único sector como el agrario. No cabe duda que la puesta en valor de los recursos endógenos (naturales y culturales), la promoción de la agricultura a tiempo parcial y la diversificación, pueden reducir el nivel de atraso que padecen estas zonas y proporcionarles mayores expectativas, tal y como ha ocurrido en otros países de la Unión Europea. Pero no debemos olvidar que la situación de los espacios rurales españoles está bastante lejos del mundo rural europeo más industrializado y dinámico, donde las posibilidades de desarrollo alternativas son mucho más claras y viables (MOLINERO, 1999 y REGIDOR, 2000).

II

LA BÚSQUEDA DE UN «NUEVO ARGUMENTO»

La situación de atonía y declive mostrada por la mayoría de las áreas rurales más desfavorecidas provocó, hace ya algunas décadas, la necesidad de introducir nuevos modelos de desarrollo para evitar su progresiva desaparición y para no tener que renunciar a un modo de vida y a unas tradiciones que son la base cultural de muchos de nuestros pueblos (RAMOS y ROMERO, 1995). Había que buscar nuevas estrategias para fomentar su dinamismo con el objetivo de facilitar su reintegración en el actual modelo de organización económico y territorial y, así, frenar el proceso de abandono que siguen sufriendo muchos de ellos.

Un hecho claro y ampliamente demostrado es que el sector agrario, principal elemento vertebrador del territorio rural en otras épocas, ya no es suficiente para garantizar el mantenimiento del mundo rural. Este sector, incluso con las ayudas y subvenciones procedentes de la Unión Europea, apenas es capaz de mantener el nivel de ocupación y de rentas. El mundo rural debía encontrar un «nuevo argumento» en el que basar su razón de ser y de seguir existiendo. En este contexto surgen dos conceptos que serán claves para el futuro de estas áreas: multifuncionalidad y diversificación económica. La mayoría de los trabajos sobre políticas de desarrollo rural señalan que, dadas las escasas posibilidades existentes en la mayor parte de las zonas rurales, una de las alternativas más adecuadas para lograr su reactivación es incentivar la creación de actividades económicas nuevas, es decir la diversificación productiva. Su desarrollo puede contribuir de manera eficaz a incrementar el empleo y las rentas así como a diversificar las fuentes de ingresos, permitiendo una mejora sustancial de las condiciones de vida, lo que repercutiría positivamente en el mantenimiento de la población e incluso podría atraer a nuevos habitantes. Evidentemente, el gran interrogante es determinar qué tipo de actividades son las más adecuadas para su localización en el medio rural, teniendo en cuenta la escasez de población y la precariedad de los servicios, equipamientos e infraestructuras.

La respuesta a esta cuestión se obtiene al relacionar los recursos disponibles en el espacio rural con las nuevas necesidades y demandas de la sociedad moderna. Por un lado, las áreas rurales cuentan con ciertos recursos muy apreciados ahora por las poblaciones urbanas (tranquilidad, contacto con la naturaleza, actividades de ocio diversas, etc). Por otro, los habitantes de las ciudades cada vez prestan mayor atención a la calidad de vida

y a poder disfrutar de su tiempo libre. Este cambio de actitud ha provocado que su valoración de las áreas rurales no se relacione únicamente con la producción de alimentos sino, sobre todo, con su capacidad para ofrecer bienes y servicios no vinculados directamente a la producción agraria. Ahora el espacio rural es valorado como espacio de ocio, se ha convertido en un espacio muy atractivo por su riqueza y diversidad natural y cultural; como reserva de suelo para la urbanización, siendo un lugar ideal para la ubicación de una residencia secundaria; y como protector de la riqueza medioambiental de nuestro territorio. Esta nueva percepción del mundo rural se traduce en que tanto al propio espacio rural como a las actividades agrarias tradicionales se les asignen nuevas funciones (ocio, residencial y medioambiental) capaces de facilitar la aparición de nuevas actividades productivas.

Por lo tanto, la actual multifuncionalidad de los espacios rurales representa uno de sus activos más importantes para lograr su reactivación, por su capacidad para inducir el desarrollo de actividades económicas nuevas (turismo rural, industrias, producción y comercialización de productos de calidad, agricultura alternativa, gestión y mantenimiento de espacios naturales...) o la recuperación de otras tradicionales a punto de desaparecer (artesanía, productos típicos, reforestación y mantenimiento del monte...) que constituyan un complemento del sector agrario o incluso que lo vayan sustituyendo.

Sin embargo, no debemos olvidar que la sociedad rural mantiene una mentalidad muy conservadora y una menor capacidad para responder a los cambios actuales, dificultando la necesaria reestructuración de su base económica. Además, para la población local la desaparición de las actividades tradicionales y la aparición de otras nuevas son percibidas como una manifestación más de su crisis y de su pérdida de identidad. Por esta razón, es fundamental la implicación y participación de la población, pues de esta manera se evitará que los procesos de diversificación y de adaptación a las nuevas funciones sean vistas como una amenaza (ESPARCIA y NOGUERA, 1999).

1. LA NECESARIA DIVERSIFICACIÓN ECONÓMICA

El futuro de los espacios rurales más regresivos, como acabamos de señalar, ya no se puede apoyar únicamente en el crecimiento y modernización de su sector agrario; necesita ampliar su base económica a partir de la expansión de actividades nuevas vinculadas a las ac-

tuales funciones asignadas al espacio rural y realizadas por los propios habitantes de estas zonas. No se trata de volver a formas de aprovechamientos tradicionales, sino de una verdadera reconversión productiva (GÓMEZ MENDOZA, 2000), donde la diversificación constituye un objetivo y una consecuencia del propio proceso de desarrollo.

Dentro de las diferentes alternativas posibles las que, en principio, muestran mayores posibilidades de éxito son aquellas que, por sus características estructurales, pueden lograr un aprovechamiento más eficiente de los recursos naturales y culturales existentes y las que, al mismo tiempo, mejor se adaptan a las características y al nivel de cualificación del capital humano disponible. La mayor parte de los autores coinciden en señalar que las más adecuadas son el turismo rural, la función residencial, la industria y la participación en la gestión del medio ambiente. En efecto, el análisis de la evolución reciente de estas zonas demuestra claramente que las dos primeras son las que se están introduciendo con mayor facilidad y las que están desempeñando un papel más decisivo en la reestructuración del espacio rural.

El turismo rural es una de las opciones que muestra mejores expectativas al orientarse a satisfacer las mayores demandas de «consumo de naturaleza» por parte de las poblaciones urbanas y por la existencia en el medio rural de recursos suficientes para cubrir estas nuevas necesidades. Debemos tener presente que gran parte de nuestro patrimonio natural (paisajes, flora, fauna...) se localiza en las áreas rurales y que, incluso, su mayor grado de conservación está directamente relacionado con ciertas prácticas agrarias tradicionales y con su propio atraso económico. En ellas existen también importantes recursos culturales, cada vez más apreciados: un patrimonio arquitectónico (pueblos y edificios) y una cultura tradicional (folklore, fiestas, tradiciones) (REGIDOR, 2000). Podríamos decir, por lo tanto, que la propia «ruralidad», entendida como un modo de vida particular, una forma de hábitat, una cultura específica, etc, es el principal atractivo de las áreas rurales y, en consecuencia, constituye el input fundamental sobre el que apoyar la expansión de esta actividad. Ahora bien, como se ha demostrado en ciertas zonas, el turismo rural no constituye un «remedio milagroso» capaz de resolver los graves problemas a los que se enfrentan y permitirles recuperar parte del dinamismo perdido.

Muchas zonas rurales, en especial las de montaña, han apostado por la promoción del turismo rural y de las actividades de ocio asociadas con él (senderismo, ciclo-

turismo, rutas a caballo, etc) debido a su capacidad para generar efectos multiplicadores, en términos de empleo y renta, sobre otras actividades (comercio, artesanía, productos típicos...). Al mismo tiempo, la llegada de visitantes favorece la reanimación de la vida en los pueblos y la recuperación de antiguas tradiciones y fiestas que corrían el riesgo de desaparecer.

Todas estas circunstancias explican que en la actualidad el turismo rural sea el que ha conseguido un mayor crecimiento en estas áreas y en el que se han puesto mayores esperanzas para conseguir su recuperación. Sin embargo, de momento, el número de turistas es todavía bastante reducido y la oferta de alojamientos tiene un carácter familiar, con una gestión muy sencilla. De ello se deriva que su capacidad para generar nuevos empleos y rentas sea igualmente limitada, aunque sin duda éstas suponen un buen complemento de las obtenidas en el sector agrario y está provocando, simultáneamente, un aumento apreciable de la agricultura a tiempo parcial. En definitiva, para que el turismo rural pueda contribuir en mayor medida al desarrollo rural es necesario aumentar las inversiones en formación para mejorar la oferta, en promoción para aumentar la demanda, y, sobre todo, en planificación para evitar los errores cometidos en las zonas costeras.

La actividad industrial constituye otro de los nuevos usos no agrarios con grandes posibilidades de implantación en el medio rural y con capacidad para generar cambios estructurales y territoriales significativos. La relación entre industria y espacio rural no es un fenómeno reciente, sino antiguo, aunque es sobre todo a partir de la década de los setenta cuando adquiere un mayor protagonismo. En estos momentos las áreas rurales muestran una mayor capacidad para atraer a la industria, lo que contrasta con la crisis mostrada por este mismo sector en las grandes ciudades.

En los diferentes trabajos sobre la industrialización rural reciente, existe una cierta unanimidad en considerar a las condiciones del mercado de trabajo rural como uno de los factores más relevantes. En estas zonas se puede disponer de abundante mano de obra debido a la existencia de población subempleada y desempleada procedente de la modernización del sector agrario y de la mayor incorporación de la mujer al mercado laboral. A ello hay que añadir los bajos niveles salariales y los menores coste de reproducción (vivienda, alimentos...), así como la menor conflictividad y sindicación de los trabajadores lo que, en cierta manera, va a permitir formas de contratación irregular. Todas estas caracterís-

ticas contribuyen a reducir los costes de producción de forma significativa, mejorar la productividad y aumentar la competitividad de las empresas. Otros factores complementarios son, por ejemplo, las políticas públicas de apoyo tanto al propio sector industrial como a las áreas rurales (programas PRODER y LEADER, entre otros), la posibilidad de adquirir suelo industrial y naves a un precio asequible, y la existencia de recursos naturales, sobre todo, para aquellos subsectores dedicados a su primera transformación o que tienen una gran dependencia de las materias primas.

Sin embargo, las áreas rurales muestran todavía ciertas insuficiencias que dificultan el desarrollo de cualquier sector industrial, pues hasta los subsectores con mayores posibilidades de adaptación necesitan unas condiciones mínimas que, a veces, son difíciles de encontrar en los espacios rurales más desfavorecidos. Dentro de ellos podemos destacar dos: la mala accesibilidad a los principales centros industriales y urbanos del país, a pesar de las mejoras realizadas en la red de transporte y en las comunicaciones, y la escasez de equipamientos y servicios externos a las empresas. Estas carencias van a influir tanto en el origen de los procesos de industrialización como en el tipo de industrias localizadas en estas áreas.

La expansión de la industria rural en el momento presente responde a diferentes dinámicas que en muchas ocasiones aparecen mezcladas dentro de un mismo espacio. Gran parte de ella procede de la recuperación o adaptación de fabricaciones artesanales, heredadas del pasado, que habían desaparecido o estaban a punto de desaparecer. Otra parte importante responde a procesos de industrialización endógena promovidos por iniciativas locales y basados en productos de calidad, claramente relacionados con los recursos agrarios de la zona. También encontramos algunas empresas industriales cuyo origen se debe a fenómenos de descentralización productiva. El traslado de determinado tipo de fabricaciones desde las ciudades a las áreas rurales favorece una disminución de los costes de producción por la utilización de una mano de obra con niveles salariales más bajos, siendo generalmente sectores maduros, de bajo valor añadido e intensivos en trabajo.

A pesar de las diferencias en cuanto al nacimiento de las industrias situadas en el medio rural, éstas presentan unos rasgos muy similares y bien definidos. Son pequeñas y medianas empresas, de carácter familiar, creadas a partir de los recursos financieros individuales

o familiares. Los empresarios son de origen local con una escasa preparación empresarial al proceder en su mayoría de otras actividades, sobre todo, de las agrarias, influyendo, a su vez, en la escasa utilización de servicios externos ligados a otras empresas. Son en su inmensa mayoría industrias semiartesanales, de productos de calidad orientados a mercados muy localizados, comercializados con denominaciones geográficas que favorecen su promoción y venta y que responden a la mayor demanda de productos de calidad. Casi todas pertenecen a sectores tradicionales, con procesos de fabricación simples que permiten utilizar una mano de obra con bajo nivel de cualificación y tecnologías muy sencillas, como por ejemplo: el cuero-piel, la confección, el calzado, la madera y los muebles, los juguetes y, especialmente, las industrias agroalimentarias.

Ahora bien, la expansión de la industria en el medio rural no es un fenómeno tan generalizado como el turismo rural y al valorar sus repercusiones debemos ser prudentes. En términos globales se trata de un proceso de reducidas dimensiones y sus efectos reales son también limitados, tanto cuantitativa (volumen de empleo creado, generación de rentas, efectos inducidos sobre otros sectores...) como, sobre todo, espacialmente. Es cierto que la industria rural está teniendo un crecimiento notable en las regiones de fuerte tradición industrial y en las áreas próximas a los grandes centros urbano-industriales. Sin embargo, en el espacio rural profundo, de fuerte vocación agraria, su presencia es mínima, localizándose en núcleos muy concretos y dispersos y con una vinculación muy fuerte con el sector agroalimentario.

En tercer lugar, la nueva función residencial asignada ahora a los espacios rurales y el aumento de las residencias secundarias, representa otro importante agente de revitalización por sus importantes repercusiones económicas y sociales. Los factores que explican su gran desarrollo en los últimos años debemos buscarlos, simultáneamente, en la ciudad y en el campo y, especialmente, en la imagen del campo adquirida por los habitantes de las grandes ciudades a través de la publicidad y la propaganda. Es indudable que su aumento está directamente relacionado con un conjunto de condiciones que han permitido a un mayor número de personas acceder a la propiedad de una segunda residencia: el incremento del nivel de vida, la mejora de la red de transportes, la difusión del coche particular, el aumento del tiempo libre así como la generalización de la «cultura del ocio». Pero, en todo este proceso también ha desempeñado un papel decisivo el excesivo creci-

miento de las ciudades y la aparición de importantes deficiencias en el modo de vida urbano (ruido, contaminación, congestión del tráfico...), provocando en las poblaciones urbanas un sentimiento de insatisfacción y la necesidad de salir de la ciudad y buscar alternativas al modelo de vida urbano. En definitiva, en la sociedad postindustrial se produce una revalorización del mundo rural, denominada por algunos autores como «ideología verde», donde la vuelta al campo aparece como un modo de vida sano y equilibrado frente a las tensiones diarias. En este contexto, las residencias secundarias se convierten en el medio más adecuado para acceder a bienes «raros y escasos» (tranquilidad, aire puro...) y permiten romper el ritmo de vida habitual a través de un mayor contacto con la naturaleza.

La construcción de estas segundas residencias constituye un factor de urbanización del mundo rural con efectos socioeconómicos, culturales y morfológicos de muy distinto signo, dependiendo de su número y del tipo de edificación. Esta invasión urbana del campo ha dado lugar a un amplio debate teórico sobre sus ventajas e inconvenientes.

Evidentemente, el incremento de la función residencial ha beneficiado principalmente al sector de la construcción y, en menor medida, al terciario. La mejora y modernización de las viviendas ya existentes, la rehabilitación de edificios abandonados como residencia secundaria (o para el turismo rural), la construcción de viviendas nuevas así como la adaptación y mejora de los equipamientos e infraestructuras a las necesidades actuales, ha permitido la revitalización de un sector con graves problemas y que ahora es uno de los más dinámicos. El incremento de la demanda ha permitido la creación de nuevos puestos de trabajo (fijos y temporales), convirtiéndose en el sector más importante dentro de la distribución sectorial de la población activa. Además, ha potenciado la aparición en el entorno rural de nuevos establecimientos dedicados a la fabricación o comercialización de materiales de construcción diversos, lo que favorece una mayor diversificación económica. A ello debemos añadir que la venta de edificios y parcelas ha contribuido al aumento y a la diversificación de las rentas familiares, influyendo muy positivamente en la economía rural. Pero, al mismo tiempo, también está generando efectos negativos como el aumento de la especulación y de los precios del suelo. Además, no todos los beneficios obtenidos de las ventas revierten en los núcleos rurales, sino que gran parte de ellos se van a las ciudades donde viven mayoritariamente sus actuales propietarios.

Así mismo, la llegada de población urbana a las áreas rurales todos los fines de semana y durante las vacaciones afecta a la vida de los núcleos. Sin duda el aumento de residentes temporales ha servido para reanimar la vida rural y para recuperar muchas tradiciones y fiestas, así como para establecer un mayor contacto entre dos modos de vida diferentes, lo que supone un enriquecimiento para ambos. Pero, también puede provocar la desaparición del modo de vida rural por imitación del urbano y la aparición de un sentimiento de rechazo en la población local por las diferencias culturales todavía existentes.

Por último, otro aspecto importante derivado del aumento de las residencias secundarias son los cambios introducidos en la fisonomía de los núcleos rurales, aunque las valoraciones realizadas son de muy diferente tipo. La rehabilitación de casas y edificios agrarios permite la conservación de un patrimonio arquitectónico que, de otra manera, probablemente habría desaparecido con el tiempo, aunque su recuperación suponga la pérdida de su función originaria. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el proceso dominante ha sido la construcción de viviendas nuevas según los modelos urbanos, utilizando materiales de construcción industriales, o casas que son una mala imitación de la arquitectura tradicional, rompiendo, de esta manera, la armonía y belleza de la morfología tradicional (GÓMEZ MENDOZA, 2000). No obstante, es importante destacar que la población local suele valorar positivamente la ausencia de casas en ruina y el aire de prosperidad y modernidad adquirido por los núcleos rurales con las nuevas construcciones.

Otro tipo de actividad con posibilidades de desarrollo en las áreas rurales se deriva de la participación de la población rural en la gestión y protección de la naturaleza, aunque al menos de momento su expansión es muy reducida en relación con las anteriores, a pesar de las oportunidades existentes. En la mayor parte de los casos las diferentes figuras de espacios naturales protegidos se superponen con el medio rural y su designación como tales puede generar efectos positivos relacionados no sólo con la aplicación de una gestión adecuada a sus necesidades, sino también con la llegada de nuevos habitantes por su relación laboral con el espacio protegido y, sobre todo, con la creación de empleos muy adecuados a las características y conocimientos de la población rural por su histórica vinculación con el medio natural (mantenimiento y vigilancia, mejora de caminos, lucha contra incendios...). Por desgracia, lo más habitual es que la declaración de espacio protegido

suela desencadenar temores y recelos entre la población local ante la posibilidad de que se impongan limitaciones productivas y técnicas. Aunque desde diversas instancias se insiste en que no se pretenden crear «islas protegidas en detrimento de las actividades productivas» (GÓMEZ MENDOZA, 2000), lo cierto es que la declaración de espacio natural protegido casi siempre es percibido por la población local como una amenaza, lo que lleva a continuos enfrentamientos y dificulta la cooperación que, por otra parte, es imprescindible.

Por último, hay que señalar que el sector terciario también tiene grandes posibilidades de crecimiento a partir de la expansión de las actividades no agrarias antes mencionadas, como de hecho está ocurriendo en muchos núcleos rurales donde el proceso de diversificación está claramente en marcha. El aumento de la población durante los períodos vacacionales favorece la revitalización del comercio local por el incremento de la demanda y la creación de ciertos servicios básicos para cubrir las necesidades más inmediatas de los habitantes (fijos y temporales) como farmacias, bancos, cajeros automáticos, etc. Pero, es esencialmente el sector de hostelería (bares y restaurantes) el que muestra mejores expectativas de crecimiento no sólo por la llegada de turistas sino también porque el éxito obtenido por algunos establecimientos locales anima a otros a abrir nuevos negocios o a modernizar los ya existentes.

Los múltiples estudios realizados en distintas comarcas agrarias españolas nos demuestran, efectivamente, que la aparición de nuevos sectores productivos en ellas provoca transformaciones estructurales y territoriales significativas, en especial, en las áreas de montaña donde todavía su base agraria es importante. Sin embargo, debemos reconocer que quizá se hayan puesto demasiadas esperanzas en la multifuncionalidad y en la diversificación productiva para asegurar el mantenimiento y la revitalización del mundo rural y deberíamos ser prudentes a la hora de valorar los efectos multiplicadores de estas estrategias, pues los resultados obtenidos están siendo más modestos de lo esperado (MOLINERO, 1999).

El análisis de la evolución del empleo en los núcleos rurales refleja, en efecto, un descenso importante del sector agrario y un aumento en otros sectores como la construcción y, especialmente, los servicios que alcanzan una proporción muy superior al agrario. Ahora bien, este cambio en la distribución ocupacional de la población activa se debe, en buena medida, al crecimiento de la propia administración y a trabajos directa-

mente relacionados con las actividades agropecuarias y forestales (talleres de maquinaria, comercialización de productos agropecuarios...) y no tanto a trabajos promovidos por los nuevos sectores. En otros casos, la tan deseada diversificación conduce a una fuerte especialización en un sólo sector, fundamentalmente en el turístico, con los peligros e incertidumbres que comporta basar la economía de un territorio en una única actividad.

2. EL MANTENIMIENTO DEL SECTOR AGRARIO TRADICIONAL

En la actualidad, como ya hemos tenido ocasión de señalar, las nuevas actividades no agrarias y la diversificación productiva son concebidas como el pilar fundamental para la reactivación económica de las áreas rurales. Buena prueba de ello es que en muchas zonas el sector agropecuario ha experimentado un retroceso evidente frente a la aparición de nuevas actividades de ocio y turismo (BARDAJÍ, 1999). Sin embargo, en muchas comarcas rurales regresivas, sobre todo del interior español, la agricultura, la ganadería y las actividades forestales todavía mantienen una posición relevante dentro de sus economías. Son las que ocupan mayor superficie, dan trabajo a un porcentaje de población activa relativamente alto (aproximadamente el 30%), tienen capacidad para generar nuevos empleos y rentas en otros sectores directa o indirectamente relacionados con ellas, y mantienen una importante vinculación con el territorio. Todas estas consideraciones nos inducen a pensar que este sector no debería ser olvidado en las actuales políticas de desarrollo. Esta idea aparecía ya recogida en el informe de la Comisión Europea *El futuro del mundo rural* (1988) cuando señalaba que

«aunque se haya insistido en la diversificación económica, ello no significa que la agricultura y la silvicultura no deban ocupar un lugar relevante en la lucha contra la decadencia rural».

De la misma manera, en la Conferencia de Cork (1996) se reconocía su importancia y las funciones que debían desempeñar al afirmar que

«la agricultura y la silvicultura contribuyen a preservar un espacio de vida económico y social, a proteger un entorno paisajístico atractivo y a diversificar las actividades de las zonas rurales».

Esta defensa del sector agrario no supone menospreciar las amplias y variadas posibilidades ofrecidas por otras alternativas basadas en la transformación y comercialización de materias primas y en la utilización

del entorno rural como espacio de ocio y soporte de actividades industriales y de servicios. Tampoco debe llevarnos a pensar que este sector pueda seguir desempeñando el papel vertebrador de tiempos pasados. Está claro que muchas áreas rurales no pueden continuar mejorando e intensificando sus producciones agrarias para participar en mercados cada vez más competitivos. Pero sí tendría sentido el mantenimiento de una agricultura tradicional en muchas zonas, no por motivos económicos sino por razones sociales y medioambientales lo que supone, a su vez, un cambio o una diversificación de sus funciones. De nuevo aparece el concepto de «multifuncionalidad» aplicado ahora al propio sector agrario, que ya no es valorado únicamente como productor de alimentos sino sobre todo por su capacidad para producir bienes y servicios no alimenticios y, sobre todo, por su función medioambiental. Es decir, el sector agrario tradicional incorpora también nuevas funciones relacionadas con las actuales necesidades y demandas de la sociedad moderna.

Las actividades agropecuarias y forestales pueden servir de base para la creación de pequeñas y medianas empresas industriales dedicadas a la elaboración de productos manufacturados no alimenticios de origen agrario (primera transformación de la madera, muebles, cuero, piel, etc). También pueden favorecer el crecimiento de otros sectores, sobre todo, del terciario al demandar bienes de consumo e industriales y servicios externos, como son por ejemplo los talleres de reparación de maquinaria, la venta de semillas, abonos y piensos, los servicios veterinarios o las gestorías y asesorías para hacer frente a la creciente burocratización del sector. Todas estas actividades inducidas por el propio sector agrario permiten la aparición de nuevos puestos de trabajo y nuevas fuentes de ingresos, contribuyendo de forma efectiva a consolidar la base económica y a mantener el tejido social al fijar a la población en sus lugares de origen.

Pero, en los últimos años se está prestando mayor atención a la función medioambiental pues se reconoce que el sector agrario juega y debe jugar un papel destacado en la conservación y protección del medio ambiente y del paisaje (LÁZARO ARAUJO, 1995). No hay duda de que el sector agrario establece relaciones de muy diverso signo con el medio ambiente. En muchas ocasiones la intensificación de los aprovechamientos agrarios ha generado impactos muy negativos (deforestación, erosión, abuso de herbicidas y pesticidas), pero también es cierto que provoca otros muchos efectos positivos como, por ejemplo, la reducción del riesgo de in-

condios, prevención de la erosión, conservación de la biodiversidad, etc. Tampoco hay que olvidar que el abandono de las tierras por el despoblamiento, el declive de la ganadería y la desaparición de ciertas prácticas culturales tienen también efectos contraproducentes sobre la conservación del medio ambiente y de los paisajes, pues como ya señalamos, buena parte de ellos se han mantenido gracias a determinadas prácticas agrarias tradicionales. Esta fuerte interdependencia entre el sector agrario y el medio ambiente han servido, ya desde hace tiempo, para justificar y defender el mantenimiento de una agricultura tradicional cuya función principal no sería ya la producción de alimentos sino la conservación del paisaje y del medio ambiente, lo que implicaría unir la función productiva del agricultor con la protección del medio ambiente.

Ahora bien, para que este sector pueda cumplir este nuevo papel debe experimentar una profunda transformación que afecta en mayor medida a la mentalidad y actitud de los agricultores. Éstos deben tener claro el papel que pueden desempeñar en la gestión y conservación de los recursos naturales y del paisaje así como en la promoción de nuevas actividades. En algunos casos, simplemente, se trata de profesionalizar actividades tradicionales ligadas a la propia vida rural (cuidado de caminos, mantenimiento del monte, la caza...). Pero en otros muchos, es necesario un proceso de renovación mucho más profundo: convertir a una parte de los productores agrarios en empresarios rurales que sean capaces de aprovechar las posibilidades ofrecidas tanto por los nuevos modelos de organización de la industria, como por el crecimiento del sector servicios y, sobre todo, las relacionadas con el medio ambiente, la cultura y el ocio (REGIDOR, J. G., 2000). Lógicamente, no todas las áreas rurales tienen la misma capacidad para responder y adaptarse a las nuevas situaciones, variando ampliamente en función de las características del territorio, por lo que un aspecto fundamental de este proceso de readaptación es conocer las ventajas y posibilidades de cada zona.

En definitiva, si el objetivo principal es conseguir la cohesión social y económica en el medio rural, el sector agrario no debe ser marginado ni eliminado de los programas y políticas de desarrollo rural. Es necesario elaborar actuaciones de carácter integral que permitan compaginar un sector agrario tradicional, la diversificación económica, la conservación y gestión de los recursos naturales, el mantenimiento de los servicios de interés general y el fomento de la cultura, el turismo y el ocio (GONZÁLEZ CANALES, F., 1999).

III

EL SIGNIFICADO ACTUAL DEL ESPACIO RURAL

Las profundas transformaciones de diversa índole que están sufriendo actualmente las áreas rurales han planteado importantes dudas sobre la pervivencia del mundo rural. ¿Realmente sigue existiendo el mundo rural o éste va desapareciendo por su progresiva integración en el modelo económico y social de las ciudades?

Tradicionalmente, el mundo rural se identificaba con un territorio donde las actividades agropecuarias y forestales constituían la base económica primordial, ejerciendo una importante influencia sobre sus estructuras de organización económica y social. La vida en las zonas rurales giraba en torno al trabajo en el campo, condicionando sus formas de vida, su sistema de valores y su cultura. El concepto de espacio rural era, por lo tanto, sinónimo de actividad agraria. Ahora bien, la pérdida de la naturaleza agraria de los espacios rurales por la consolidación de nuevas actividades productivas (desde las industriales a las de ocio y turismo) y por los cambios en la sociedad rural, cada vez más integrada en la cultura urbana, y donde las diferencias entre una y otra son ahora menos visibles, recogidos ya en la Estrategia Territorial Europea², han abierto un amplio debate teórico sobre la existencia o no de un mundo rural claramente diferenciado del urbano. Una parte rechaza que el mundo rural se pueda mantener sin su razón de ser fundamental: las actividades agrarias. Para ellos, la crisis de los aprovechamientos agrarios tradicionales implica la pérdida de la mayoría de sus señas de identidad, lo que conduce a la progresiva «extinción» de la sociedad rural. Otros, en cambio, no están de acuerdo con la idea anterior al considerar que la pérdida de importancia del sector agrario no supone necesariamente la desaparición del mundo rural. De hecho, en los últimos años muchas áreas rurales muestran una cierta recuperación que nada

² En la ETE se señala de manera explícita los cambios en el papel y en las funciones desempeñadas por los espacios rurales, derivados de la mayor interdependencia entre áreas urbanas y rurales, de la diversificación de su economía, de los cambios en la agricultura y silvicultura, así como de las diferentes estrategias de desarrollo, basadas en las especificidades y necesidades locales. De esta manera, los espacios rurales constituyen hoy sistemas complejos con funciones económicas, naturales y culturales, dentro de un nuevo marco de relaciones campo-ciudad. Por esta razón estos territorios no se pueden definir ya teniendo en cuenta únicamente el uso de suelo mayoritariamente agrario y el bajo nivel de ocupación demográfica.

También en este documento se hace especial referencia a la necesidad de conservar la diversidad urbana y rural de la Comunidad, reconociendo que el medio rural contribuye, de manera significativa, a la diversidad cultural, natural y paisajística de la Unión Europea. (COMISIÓN EUROPEA, 1999 y PLAZA, ROMERO y FARINÓS, 2003).

tiene que ver con una revitalización de la agricultura. Éstos defienden que el mundo rural puede existir al margen de lo agrario, manteniendo unos rasgos específicos (un paisaje, un hábitat, una cultura...). En primer lugar, el sector agrario, aunque ha retrocedido notablemente en muchas zonas, sigue conservando su carácter predominante tanto como ocupación principal como, sobre todo, a tiempo parcial. Además, las formas de organización agrarias tradicionales, basadas en la explotación de tipo familiar y de subsistencia, están claramente presentes en las nuevas actividades productivas. Muchos de los nuevos negocios (industriales, turísticos, bares y restaurantes) son pequeñas empresas, en las que trabaja toda la familia, donde el objetivo básico es trabajar para vivir (subsistencia) aunque no se excluye totalmente la posibilidad de obtener beneficios. Es decir, la estructura ocupacional y las formas de organización empresarial muestran, con ciertos matices, grandes coincidencias y relaciones con las del sector agrario, siendo claramente diferentes de las formas de organización dominantes en las áreas urbanas.

En segundo lugar, tampoco está tan clara la pretendida desaparición de la cultura y la sociedad rural por imitación e integración en la urbana. Existen ejemplos claros que demuestran la pervivencia de elementos culturales propios del mundo rural aunque algo modificados con respecto a épocas anteriores. Tal y como señala García Sanz (1996) los habitantes de las zonas rurales tienen una forma particular de ver y entender la vida así como un concepto de «felicidad» que nada tiene que ver con la vida urbana: viven con cierta modestia y sus aspiraciones son más limitadas, quieren mejorar pero no entienden ni el despilfarro ni la apariencias. La familia sigue desempeñando un papel fundamental, pues es dentro del núcleo familiar donde se toman las decisiones más importantes sobre lo que se debe hacer. Las gentes de los pueblos se relacionan de forma también muy diferente, «todos se conocen y se saludan pero se comunican poco... se quieren y se critican, se ayudan y se odian». Su concepto del tiempo también es distinto, generalmente, no existe una división clara entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio, ni tampoco la idea de un horario fijo. Por último, muchas manifestaciones culturales, fiestas populares, ritos tradicionales o incluso fiestas relacionadas con las antiguas tradiciones agrarias, como

por ejemplo la matanza o la trilla, no sólo no han desaparecido sino que muchas de ellas se ha recuperado con gran vitalidad, gracias tanto a los habitantes de los propios núcleos rurales como a los antiguos emigrantes como medio de recuperar la relación con sus tierras de origen. Aunque está claro que muchas de estas fiestas también se recuperan como reclamo para atraer a un mayor número de visitantes.

Todos estos hechos nos permiten concluir que las áreas rurales conservan unas formas de organización económica, social y cultural particulares o peculiares que las hacen distintas y marcan diferencias significativas con respecto a otro tipo de territorios. Por lo tanto, quizá no deberíamos hablar de la desaparición del mundo rural, sino de un proceso de transformación que requiere una redefinición del concepto de «mundo rural» no basada únicamente en las actividades agrarias y en su influencia en la organización de su propio territorio.

A partir de las aportaciones realizadas por diversos autores³ podríamos definir el medio rural como un sistema complejo en el que interactúan y se relacionan un tipo de hábitat, unos determinados tipos de usos del suelo, un sistema de valores y una cultura propia, que les proporciona unas características específicas claramente diferentes a las de los espacios urbanos y periurbanos. Se trata de un espacio con un bajo nivel de ocupación y poco poblado, sus habitantes residen generalmente en núcleos de tamaño muy pequeño con una dotación de servicios y unas infraestructuras claramente insuficientes, dominando los paisajes naturales frente a los urbanizados. En él encontramos una gran diversidad de actividades productivas, dentro de las cuales las agrarias siguen presentes aunque su importancia relativa ha descendido notablemente frente al auge y mayor protagonismo de otros sectores, en especial del turismo rural. Conservan un modo de vida, un sistema de valores y unas formas de relación propias debido a su pertenencia a comunidades pequeñas donde el trato personal y las relaciones sociales ejercen una influencia muy fuerte. Todos estos rasgos, considerados conjuntamente, son los que hoy en día proporcionan al espacio rural sus señas de identidad y su especificidad. Aunque existen muchas maneras de combinarse, todos deben estar presentes en la definición de «rural» y «ruralidad» (GARCÍA SANZ, 1996).

³ Ver KAYSER, 1990; SUMPSI, 1994; GARCÍA SANZ 1996 y 2001, SALVÁ, 1999, entre otros.

B I B L I O G R A F Í A

- BARDAJÍ, J. (1999): «Agricultura y desarrollo rural». En Ramos Leal, E. (coord.): *El desarrollo rural en la Agenda 2000*, págs. 133-147.
- BONNAMOUR, J. (2001): «El mundo rural ante el nuevo siglo: retos y desafíos». En García Pascual, F. (coord.): *El Mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*, págs. 23-41.
- COMISIÓN EUROPEA (1999): *ETE Estrategia Territorial Europea. Hacia un desarrollo equilibrado y sostenible del territorio en la UE*. Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, Luxemburgo.
- ESPARCIA, J. (2000): «Las políticas de desarrollo: evaluación de resultados y debates en torno a sus orientaciones futuras». En García Pascual, F. (coord.): *El Mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*, págs. 267-309.
- ESPARCIA, J. y NOGUERA, J. (1999): «Reflexiones en torno al territorio y el desarrollo rural». En Ramos Leal, E. (coord.): *El desarrollo rural en la Agenda 2000*, págs. 9-44.
- GALDOS, R. y RUIZ URRESTARAZU, E. (coords.) (1999): *Postproductivismo y medio ambiente: perspectivas geográficas sobre el medio rural*. IX Coloquio de geografía Rural, Vitoria.
- GARCÍA PASCUAL, F. (coord.) (2001): *El Mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*. X Coloquio de Geografía Rural. MAPA, Madrid.
- GARCÍA SANZ, B. (1996): *La sociedad rural ante el siglo XXI*. MAPA, Madrid.
- GARCÍA SANZ, B. (2001): *Sociedad rural y desarrollo*. MAPA, Madrid.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (2000): «Las nuevas funciones socio-económicas y ambientales de los espacios rurales». En García Pascual, F. (coord.): *El Mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*, págs. 111-148.
- GONZÁLEZ CANALES, F. (1999): «Integración agraria del desarrollo rural». En Ramos Leal, E. (coord.): *El desarrollo rural en la Agenda 2000*, págs. 149-157.
- KAYSER, B. (1990): *La renaissance rurale. Sociologie des campagnes du monde occidental*. Armand Colin, U. París.
- LÁZARO ARAUJO, G. (1995): «El desarrollo rural en el contexto de la Unión Europea». En Ramos, E. y Cruz, J. (coords.): *Hacia un nuevo sistema rural*, págs. 237-255.
- MAYA, A. y CABERO, V. (2000): «El desarrollo rural integrado como estrategia territorial y posible alternativa económica». *Economía y Finanzas de Castilla y León*, nº 4, págs. 11-29. Caja Duero, Salamanca.
- MOLINERO, F. (1999): «Caracterización y perspectivas de los espacios rurales españoles». En Ramos Leal (coord.): *El desarrollo rural en la Agenda 2000*, págs. 65-92.
- PLAZA, J. I.; ROMERO, J. y FARINÓS, J. (2003): «Nueva cultura y gobierno del territorio en Europa». *Ería* nº 61, págs. 227-249.
- RAMOS LEAL, E. (coord.) (1999): *El Desarrollo rural en la Agenda 2000*. MAPA, Madrid.
- RAMOS, E. y CRUZ, J. (coords.) (1995): *Hacia un nuevo sistema rural*. MAPA, Madrid.
- RAMOS, E. y ROMERO, J. J. (1995): «Para una concepción sistémica del desarrollo rural». En Ramos, E. y Cruz, J. (coords.): *Hacia un nuevo sistema rural*, págs. 48-59.
- REGIDOR, J. G. (2000): *El futuro del medio rural en España*. Consejo Económico y Social, Madrid.
- SALVÁ TOMÁS, P. (1999): «Los nuevos retos del mundo rural de los países desarrollados en los años finales del siglo XX. El dilema asistencia dinamismo como freno de la capacidad y limitación de la iniciativa privada en el desarrollo rural». En Ramos Leal, E. (coord.): *El desarrollo rural en la Agenda 2000*, págs. 93-105.
- SANCHO COMINS, J. (coord.) (2001): *Desarrollo rural: de los fundamentos a la aplicación*. Paraninfo, Madrid.
- SUMPSI VIÑAS, J. M. (1994): «La política agraria y el futuro del mundo rural». *Revista de Estudios Agro-Sociales* nº 169, págs. 149-174.
- TORTOSA PEIRO, J. (1999): «El desarrollo rural: una apuesta para garantizar un mundo rural vivo». En Ramos Leal, E. (coord.): *El desarrollo rural en la Agenda 2000*, págs. 159-170.